

blancas, de amapolas y margaritas que en ellos florecían.

Por encima de la torre más alta del castillo real de Amboise, un estandarte bordado de plateadas flores de lis flotaba anunciando la presencia del rey.

Leonardo, al contemplar el pavoroso horizonte de la Turena, se acordaba de aquella lejana Lombardía donde había soñado, imaginado y sufrido tanto.

Las aguas del Loire le recordaban la corriente del Adda y la tranquilidad de sus riberas, cuyas sinuosidades azuladas con tan exquisito arte había sabido trasladar al fondo de alguno de sus cuadros.

Sin poder explicarse el por qué, encontraba en el paisaje francés un resurgir de juventud, de bondadosa y sana alegría, en este germinar de la Naturaleza, como decoración apropiada para el renacimiento de una nación.

El maestro sentía deseos de trabajar, y dirigiéndose a su fiel Francisco Melzi, le ordenó colocarse sobre un caballete su cuadro de San Juan Bautista.

Apenas había comenzado su trabajo para la terminación de esta figura misteriosa del adolescente precursor, sonriente ante las delicias de la tierra y que no por eso dejaba de señalar al Cielo, como indicando dónde se encuentra la verdadera felicidad, se oyeron fuertes golpes en la puerta del castillo. Al mismo tiempo alegres voces y risas juveniles turbaron el augusto silencio que envolvía la señorial mansión, haciendo revolotear por encima de los altos espinos que rodeaban el patio del castillo una bandada de palomas.

—¡No quiero recibir a nadie!—dijo el maestro a Melzi.—¿Me entiendes?....

¡A nadie, absolutamente! Dí que estoy enfermo.

Y, rápidamente, corre al fondo del taller, llevando impresa en el semblante la ansiedad que le domina, y cubre con un velo un admirable retrato de mujer, de sonrisa extraña.....

Melzi regresa con los brazos en alto, los ojos brillantes y con mezcla de respeto y alegría, exclama:

—¡Maestro, es el Rey!



El gran Leonardo de Vinci.

Francisco I, seguido de numeroso acompañamiento de poetas y de nobles, entra en el estudio, radiante de alegría y de sugestiva corte-sia.

El viejo artista intenta arrodillarse ante el joven soberano, pero éste se lo impide con un movimiento casi filial, y le abraza llamándole «su padre», según costumbre observada desde su primera entrevista.

El vencedor de Marignan, el apuesto capitán, armado caballero por Ballardo en el mismo campo de batalla, contaba, por entonces, veinti-

tres años, y era, no tan sólo el rey de Francia sino que también el príncipe de la juventud.....

—Micer Leonardo, hace mucho tiempo que no he tenido el placer de veros. ¿Habéis hecho alguna otra obra maestra?

—Casi nada, señor. Pobre de mí, estoy continuamente enfermo. Ya soy viejo...

—¡Qué exageración!

El rey observó que mientras hablaba, el pintor se esforzaba en alejar la vista de los